



CERVANTES Y LOS TOROS

Á Mariano de Cavia.

No era posible que la crítica taurina viese con indiferencia lo relativo á un centenario en el cual se ocupan hoy los intelectuales de los países todos; pues, aparte otras consideraciones, á un compañero se debe la idea de celebrarle, y á enaltecer la memoria de otro compañero se tiende realizándolo.

Huelga decir que, comparada nuestra pequeñez con la infinita altura de Cervantes, resultamos compañeros en *comé armejrs* (según la célebre frase de Rafael) todos los actuales revisteros; mas halga tanto ese compañerismo, tratándose del autor del *Quijote*, que precisa hacerlo valer, sin parar mientes en las cuchufletas de ateneístas «conspicuos» y de mal humorados académicos.

Sí, querido Mariano: Cervantes es compañero nuestro. Ya lo dice el Diccionario, y me atengo á su dicho: «Compañero...—Cada una de las personas de una misma profesión, oficio ú ocupación, aunque sea en diversa escala.»

No especifica si la ocupación se contrae á la misma época, si es remunerada ó deja de serlo, si accidental ó permanente. Nada.

¿Hemos tenido á ratos Cervantes y nosotros la ocupación de reseñar corridas, aunque en diversa escala? Pues nosotros y el autor del *Quijote* resultamos compañeros.

Que esto no es una novedad para tí, ya lo dice claramente tu inseparable *Sobaquillo* al defender en su *División de plaza* las corridas de toros.

«Quisiera yo ver—escribe tu *alter ego*—cómo rechazaban gentilmente la acusación de pecadores contra el sentido común, hombres que han enaltecido con los frutos de su ingenio la fiesta española, como Cervantes, príncipe de nuestros literatos y regocijo de las musas; Lope de Vega, á quien, como César, podría llamarse en la literatura *monstrum activitatis*; Calderón de la Barca, grande entre los grandes.» Así continúa *Sobaquillo* en un extenso y hermoso párrafo de vastísima erudición, citando á todos los que de nuestra fiesta escribieron, y embarcando en la misma nave á Cervantes, Lope, Calderón de la Barca, Espinel, Rioja, Vélez de Guevara, Rojas, Saavedra Fajardo, Alarcón, Hurtado de Mendoza, Moreto, *Abenamar*, *Alegrías*, *Don Exito*, Emilio Sánchez Pastor y muchísimos otros, de los cuales algunos tuvieron como principal ocupación (si no fué la única) la de escribir revistas de toros.

¡Cómo extrañar que tengamos por compañero á Cervantes, cuando *Sobaquillo*, á quien tanto debe la literatura en general, y particularmente la taurina, entre compañeros le incluye?

Que los grandes escritores del siglo xvii fueron revisteros de toros, en la manera que entonces lo podían ser, cosa es ya descontada. Claro está que no publicaban reseñas al concluir la fiesta, ni siquiera al día siguiente, que otros eran los tiempos y muy otro el arte de imprimir; pero escribían relaciones, las cuales, más ó menos pronto, veían la luz pública, y eran comentadas por la afición de entonces, como hoy se comentan los juicios apasionados que acerca de tal ó cual espada hacen algunos revisteros.

También los del siglo xvii tuvieron sus ídolos, también fustigaban al contrario y ensalzaban al de su preferencia; mas aquellos juicios no obedecieron nunca ni podían obedecer á mezquinos móviles ni á interesadas y materiales conveniencias, sino á rivalidades, á celos, á pasionales luchas, propias de una época caballeresca, en la cual los nobles se arruinaban en femeniles conquistas, gastando en aquellas corridas de toros, en las cuales intervinieron como actores, sus rentas de muchos años. Además, críticos y criticados eran de la misma condición; todos caballeros, todos galantes, todos llevando una espada al cinto, para ratiificar con ella lo que la pluma afirmaba ó decía la boca.

Entre todos los revisteros (seguiremos llamándoles así) Quevedo fué el más terrible. Su sátira ingeniosa

traía á mal traer á los que no eran santos de su devoción. Dígalo si no aquella redondilla que hasta nosotros llegó, y que conocen todos los amantes de las letras:

«Echó el cielo su capote
por no ver un caballero
que al contar sirvió de cero
y al torear de cerote.»

De Cervantes no conocemos nada por el estilo; si le inspiró la musa y lanzó á los cuatro vientos de la villa alguna composición poética con que mortificar á tal cual rejoneador caballero, no llegó á ser del dominio público, y en cuanto al privado, ¡échale guindas á la Tarasca! Es muy probable que sí, es presumible que Cervantes, como todos los poetas de su tiempo, alabase ó censurase «poéticamente» á determinados lidiadores; pero, ni conozco las alabanzas, ni sé nada de las censuras, y eso que—modestia a parte—algunos papelotes revolví y no pocos mamotretes hube de registrar cuando preparaba mis libros de toros.

Sin embargo, ya me librería yo de afirmar que no existen: en cosas de bibliografía hay que andarse con pies de plomo; á lo mejor cae en manos del tendero de comestibles algún documento que los bibliófilos, luego de mucho escribir y disertar, llegaron á tener por imaginario. Y mira, amigo Cavia, por dónde un vulgar abacero, puede hombrearse y aun echárselas de persona con los «ratones de biblioteca». Bien es verdad que allá suelen irse unos y otros en cuanto á solidez de conocimientos se relaciona.

Y, volviendo á Cervantes, tú no ignoras que ejerció de revistero taurino allá por los años de 1605, al describir, en una relación, los juegos de toros y cañas, que, amén de otras fiestas, se celebraron en Valladolid con motivo de haber dado á luz la Reina D.^{na} Margarita de Austria al Príncipe Felipe Dominico Víctor, que andando el tiempo y «por sus pasos contados», fué Rey de España con el núm. 4 de los Felipes.

Por cierto que la vida del «chico» estuvo á punto de costar la de la madre, y todo se volvió negruras y sobresaltos durante la enfermedad de la parida; mas por ley de compensación, á las tristezas del mal sucedieron las alegrías de un absoluto restablecimiento, y en aquellos regocijos, pintados por Cervantes, se echó el resto, despilfarróse de lo lindo y rodó el dinero como berlina con jaco loco. Tal fué el derroche que, según malas lenguas, Góngora, despechado quizás por no habérsele elegido para la descripción de los festejos y sí á Cervantes, publicó un despreciativo soneto, en el cual tiraba á su colega este chinazo:

«Mandáronse escribir estas hazañas
A Don Quijote, á Sancho y su jumento.»

Pero, ¡necio de mí! ¡Pues no voy contándote lo que estás harto de saber, ya que se publicó en *La Lidia* hace la friolera de veinte años? Bórralo y pasa adelante. Aunque no, no lo borres; pues desgraciadamente tal vez haya quien lo desconozca y no holgará que lo aprenda.

Es innegable: el autor del *Quijote* reseñó corridas de toros, y cumple á los que en lo de *re taurina* nos ocupamos ahora, secundar tu grandiosa idea y llevar nuestro *cachibuto* de mármol al monumento. ¿Cómo, en qué forma, de qué guisa? Eso tú lo has de decir, que tú, aunque voluntariamente retirado de la *pitonuda* brega—en lo tocante á reseñarla—sigues siendo el maestro, y no es cosa de que los discípulos te usurpen atribuciones.

Yo creo seriamente que en el monumento á Cervantes debe haber algo que simbolice nuestra fiesta nacional. No la de hoy, pero la de otros tiempos; no la que entraña cobardía y barbarie, sino la que significaba gallardía y valor; no la que encierra bajos móviles y ruines propósitos, sino la que era un compendio de todas las hermosas cualidades de nuestra raza.

Cervantes, en aquel «hidalguito de los de lanza en astillero, adarga antigua y galgo corredor», nos pinta recargándole, el tipo español de su época: loco soñador, ganoso de aventuras, enamorado de ideales, batiéndose por ellos sin conciencia de su valer, noble, justiciero, amparador del débil, sufrido, abnegado, espiritual, platónico, con valor indomable y generosidad sin límites.

Tirso, en su *Burlador*, completa el tipo, presentándonos una figura que sólo en España cupo y sólo aquí se concibe, la del hombre enamorado, derrochador, mirando las riquezas despreciativamente y la vida más despreciativamente aún, buscando la lucha por el placer de luchar, de medir sus fuerzas, de probar sus bríos, matando sin odios, desafiando las penas eternas—siendo creyente—sólo por hacer alarde de un valor, al que no arredran ni los peligros de esta vida ni el fantasma de la otra.

Pues bien, con alguna amalgama del *Tenorio* y el *Quijote* se formaron los lidiadores de toros en la época caballeresca. A la plaza salían derrochando su fortuna, arriesgando la vida, acometiendo tales actos de arrojo que los negaríamos si documentos irrecusables no lo afirmaran. Y todo por nobleza y platonismo, tal vez á fin de conseguir una sonrisa de la mujer amada ó ganar el ánimo de la desdenosa.

Y si esto fué la lucha con los toros en tiempo de Cervantes, y, después, algunas cualidades del *Tenorio* llegaron á reunir los hombres del pueblo que de tal lucha se encargaron, ¡qué mucho se lleve al cervantino monumento algo que simbolice una lid, la cual traigo consigo reflejos de nuestra historia y sedimentos de nuestras costumbres! Además, se trata de un nacional homenaje al mayor de los ingenios, y nada más lógico que llevar allí una significación del sin rival espectáculo, porque con ella irá el recuerdo de nuestra grandeza, de nuestro heroísmo, de nuestras virtudes, de nuestras conquistas, de nuestras glorias, de todo lo que formó aquella hermosísima leyenda, destruída recientemente por los funestos servidores de la monarquía.



Quinta corrida de la temporada: 29 de Noviembre.

Espadas: Montes y «Machaquito».

Salieron tan disgustados los que asistieron á la corrida anterior, que no obstante haber dado á ésta todo el bombo reservado para los grandes días, pocos se hallaron con fuerzas suficientes para llevarse otra decepción. Dos fueron los que esta tarde triunfaron en toda la línea: el público aficionado y el ganadero Barbosa; ambos conquistaron espléndido triunfo, y á los dos envió mis sinceras felicitaciones y á uno y á otro les digo: ¡Así siempre; esa es la única manera de que veamos corridas de toros!

El público mexicano rayó esta tarde á grandísima altura; se mostró tan sensato, tan inteligente, y exigió á los *toreadores* tanto ó más que el público de Madrid, pongo por caso; no les perdonó el más ligero deslíz, y sólo les prodigó sus aplausos cuando realmente se los merecían; no se dejó deslumbrar por los relumbrones y las chapucerías, sino que les exigió que toreasen como es debido, y las palmas que tocó fueron arrancadas á fuerza de arte y valentía. Hubo, es indudable, algunos que aplaudieron las mamarrachadas; afortunadamente fueron pocos; la mayoría no se dejó embaucar y aplaudió como se debe.

Antes de ahora ya lo he dicho: preciso es reconocer que los aficionados de México no son los mismos de hace diez años, que con cualquier cosa, por pequeña que fuese, se conformaban; los de ahora han visto mucho, han leído mucho y saben mucho; en esta temporada se están portando de un modo que no hay más allá; están tan competentes y exigen tanto, como los más conspicuos de la Península ibérica.

Tenía que ser así; todo llega á terminarse, por más paciencia que uno tenga; día llega en que se aburre de que todo hijo de vecino venga á tomarnos el pelo y se decide á cortar por lo sano, á demostrar que también nosotros sabemos ver toros y no nos agradan las mamarrachadas.

Nos decimos: estos chicos son los que tantos triunfos han alcanzado en las plazas españolas; ¿por qué aquí no han de hacer lo que allí hacen?

Si aquí cobran más caro que allá; si á nosotros nos cuesta más dinero ver toros que en ninguna parte, ¿por qué no hemos de exigirles con relación á lo que les pagamos?

Espero que en lo sucesivo el público seguirá la línea de conducta que se ha trazado; hay que ser duros, exigentes y no tolerar nada á esa torería que nos viene de allende el Océano cargada de *moños* y que está en mantillas en cuestiones taurómacas; que se convenzan que no sólo en España saben distinguir en asuntos pitonudos.

El ganadero Barbosa se ha hecho acreedor á la eterna gratitud de la afición mexicana, por haber interrumpido la triste monotonía en que, al ver en nuestros redondeles becerros encanijados ó pacíficos bueyes constantemente, nos hallábamos sumergidos. Mandó una corrida de toros irreprochable, ya sea en presentación, ya en bravura, y que en Madrid mismo habría pasado como buena.

En el primer tercio, con excepción del segundo, que tomó los lanzazos que le tocaron en suerte á fuerza de echarlos encima los caballos, y el quinto, que tuvo poca voluntad y sin ningún poder para los huleños, los restantes fueron superiores; así, como suena; á los pincharratas arrancaban de largo, tomaron los puyazos con voluntad y codicia y propinaron batacazos de órdago.

En banderillas estuvieron manejables, y al último trance llegaron: el primero bravo y manejable; el segundo reservón y acostándose ferozmente del lado derecho; el tercero reservándose y defendiéndose; el quinto incierto y con tendencias á najarse, y el sexto bravo y noble.

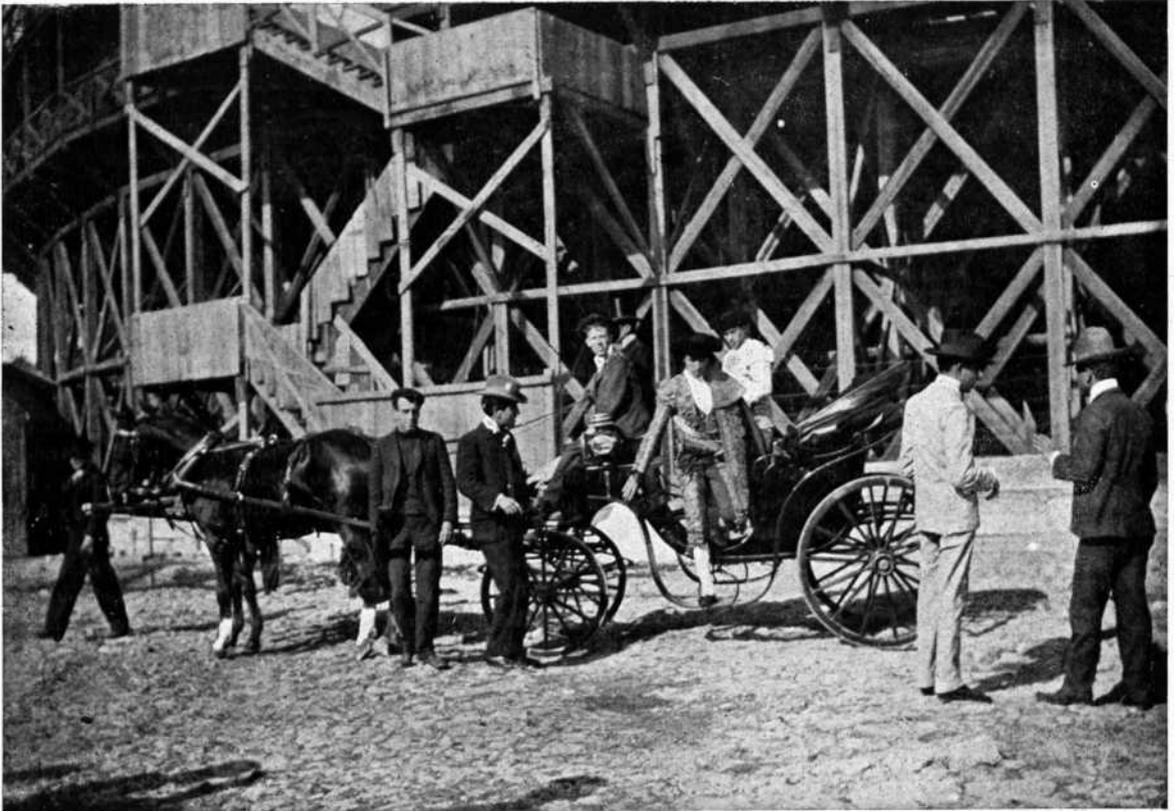
El cuarto merece capítulo especial y un monumento, si mucho me apuran.

Fué un toro como hace muchos años no se veía otro igual en los ruedos mexicanos; un toro bravísimo y noble en grado superlativo en toda su lidia; un toro, en fin, que por sí solo basta para acreditar una vacada. *Jaquetón, Catalán* y otros de impercedera memoria, serían como éste; mejores ¡imposible!

Fué un ejemplar que no tenía pero; negro zaino, largo y hondo, gordo, finísimo (las pezuñas cabían en la palma de la mano y el rabo era así de delgado), y la cola lamía la «sangrienta arena».

De salida la emprendió con los *chauffers*, á quienes hizo besar el suelo.

Con gran voluntad y poder, bravísimo y codicioso, arrancándose de largo y levantando en vilo caballo y piquero, tomó sin volver una vez la cara diez picotazos, que le hicieron en toda la extensión de la piel; no hubo hulano que pudiera resistir las acometidas de tan bravo animal; salían todos disparados de la



LLEGADA DE MONTES Á LA PLAZA

montura como si en la parte más carnosa de su individuo les aplicasen un explosivo, y caían todos azorados, bien en los lomos del burel, bien ante la cara del mismo presentando la popa; pero el bicho no les hizo caso: le parecieron adversarios muy miserables para saciar en ellos su furor.

Acudió en *banderillas* y á la muerte pasó algo aplomado, pero derrochando bravura y nobleza.

LOS MATADORES.—No puede decirse qué hayan tenido una gran tarde; sin embargo, los dos salieron con muchos deseos, estuvieron muy trabajadores y frecuentemente oyeron nutridos aplausos como premio á sus labores; aplausos que, como decía anteriormente, fueron arrancados á fuerza de arte y valentía, porque el público estuvo muy exigente con los dos.

Montes trabajó mucho y bien en quites, demostrando una vez más que es un buen torero, valiente, serio, concienzudo y á veces elegante. Al tercer toro y al quinto, sobre todo á aquél, lo toreó de capa superiormente, con los pies clavados y moviendo solamente los brazos.

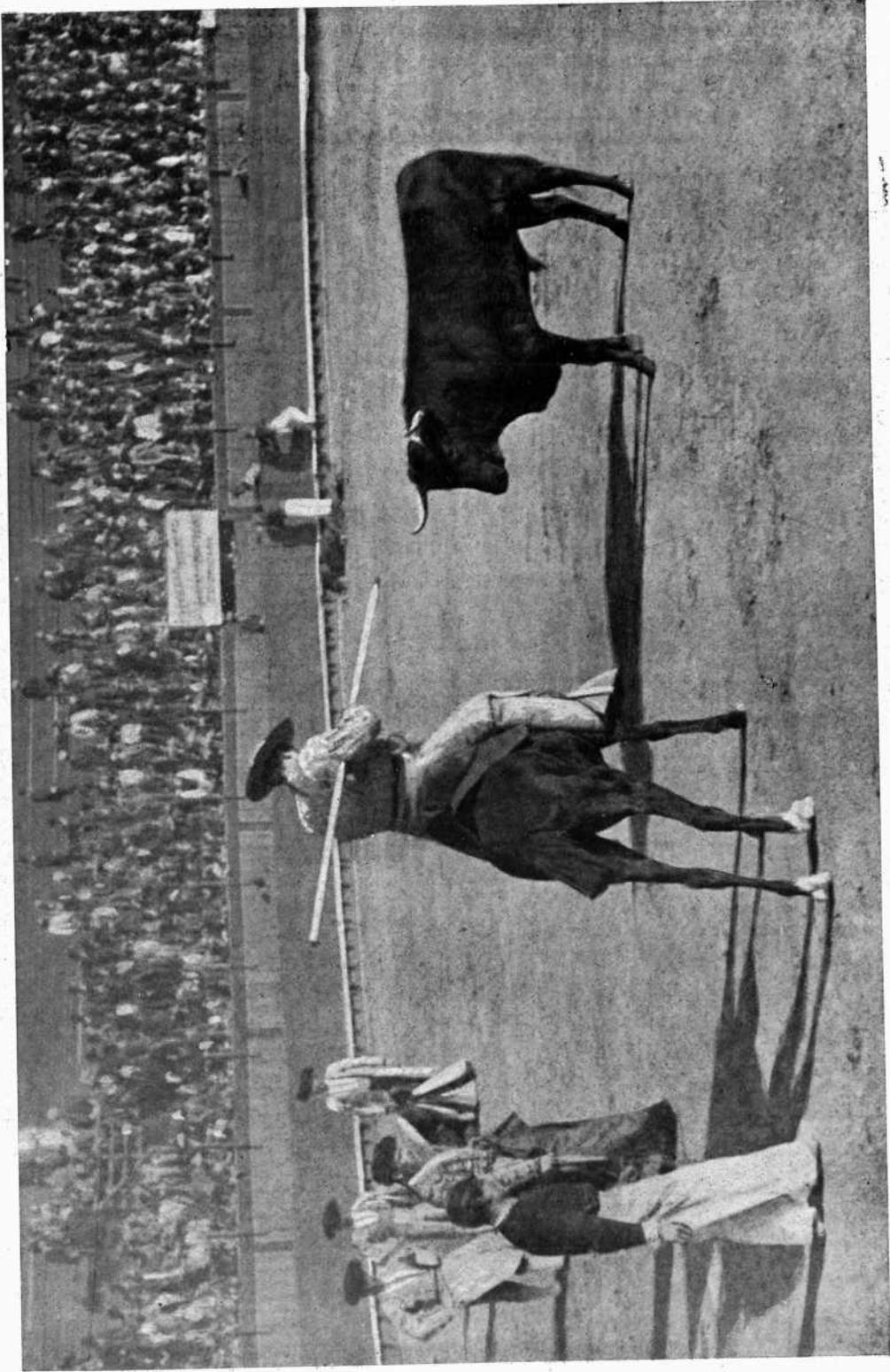
Al sexto le clavó un par superior de frente, llegando á la cara y levantando á ley los brazos.

A su primer toro lo halló bravo y acudiendo; lo toreó solo siempre, de cerca y confiado; al principio muy bien, sólo que por buscar aplausos aburrió al morito é hizo larga la faena.

La ración de hierro que le administró fué la siguiente: un pinchazo echándose fuera, una estocada corta en buen sitio, entrando bien, y acabó con un gran volapié.

Su segundo adversario, cuando llegó á su poder, estaba tuerto del ojo derecho y se defendía que era un contento; lo toreó moviéndose en demasía y estuvo indeciso.

No procuró abreviar y quitárselo de delante lo más pronto posible, sino que hizo larga la brega.



«CACERIBO» EN BU. TERCER TOBO.—(INST. DEL SE. PESADO).

Entrando perfectamente y saliendo por la cara, señaló un pinchazo superior y terminó con media estocada *super*, á volapié, entrando como es debido.

El quinto acabó sus días incierto y con ánimo de marcharse; Antonio dió fin de su cometido toreándolo solo, bien y breve; cuatro buenos muletazos le fueron suficientes para arrancarse superiormente al volapié y dejar el asador hasta el puño, inmejorablemente colocado, y teniendo al burel aculado en las tablas.

Machaquito.—Con este muchacho aún estuvo más duro el público; había positivos deseos de chillarle duro y tupido tan luego como se desmandase lo más mínimo; no le perdonaban que por motivo, que no á todos les pareció suficiente, se hubiese ausentado la tarde anterior y nos hubiera condenado á pasar una *soirée* tan aburrida y soporífera.

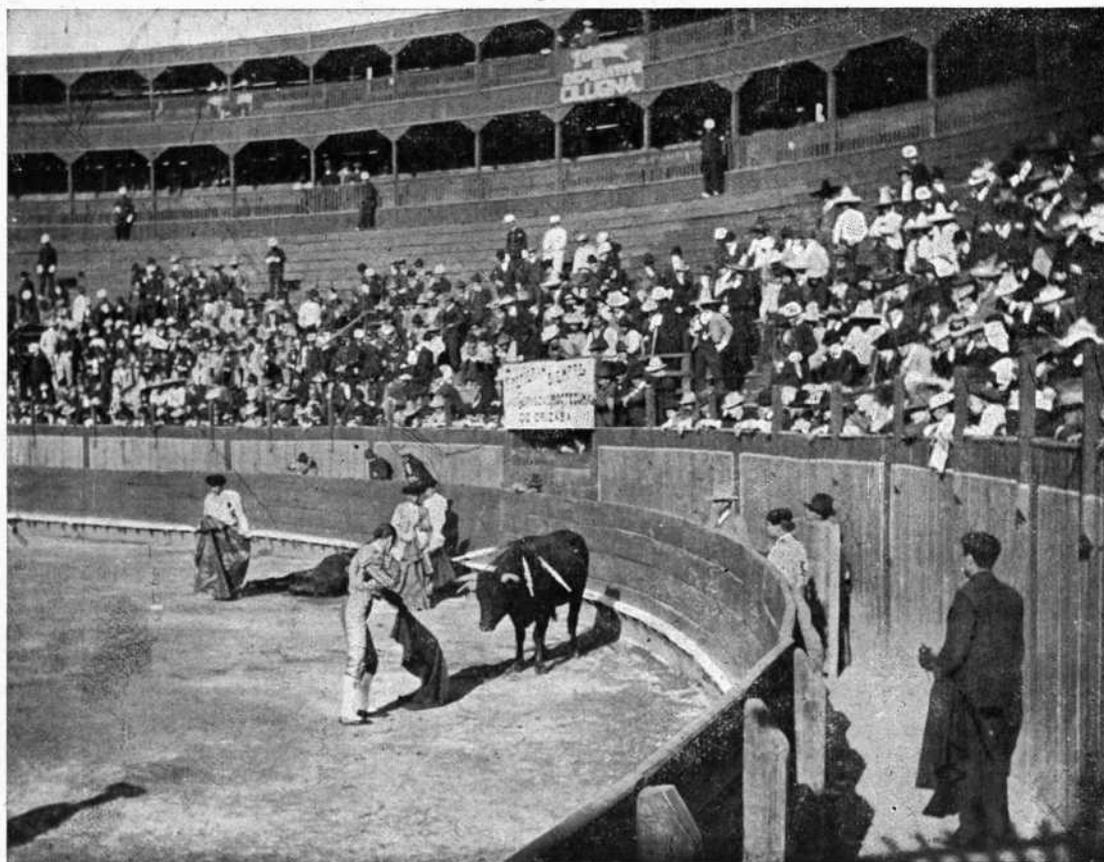
No se le pasó ni lo negro de una uña, y el niño de Córdoba se vió apurado para hacer cambiar de opinión á tanto descontentadizo. Hizo toda la tarde derroche, no de arte, sino de bravura y valentía.

Bregó toda la tarde como un desesperado, todo lo intentó y todo lo hizo, hasta tirarse ante la cara del tercer cornúpeto.

Al sexto toro le clavó un buen par cuarteando y repitió con otro de frente de *buten*.

A su primer toro lo halló reservón, acostándose del lado derecho y queriendo hacer pupa.

Lo toreó equivocadamente; en vez de con la izquierda, lo hizo con la mano de cobrar, y de ahí que sufriera varios achuchones. Lo mandó á reunirse con sus antepasados, mediante una estocada honda, delantera y caída, puesta con habilidad y que fué suficiente.



MOMENTOS EN EL PRIMER TORO

El cuarto acabó aplomado, pero bravo y noble hasta la pared de enfrente.

Hizo con él una sobria faena con la rodilla: tres pases con la derecha, uno aito y uno de pecho, superior, para arrancarse más recto que una saeta, con decisión, acostándose materialmente y dejando sepultado el estoque hasta el puño en el morrillo y saliendo como *los ángeles*.

Al último, que acabó bravo y manejable, lo toreó solo, de cerca y con el modo zaragatero que tanto le agrada; se deshizo de él, mediante un pinchazo y un volapié tendido, entrando ambas veces recto.

De los pincharratas no menciono á ninguno, porque no lo merecen.

De los banderilleros, *Blanquito*, *Limeño*, *Moyano* y *Chatín*. Bregando, los mismos.

CARLOS QUIRÓZ.

(INTS. DE LAURO RÓSELL, MECHAS EXPRESAMENTE PARA «SOL Y SOMBRA»)

La cuadrilla del "Espartero,,.

El 14 de Octubre de 1885 se dió en la plaza de Madrid un caso raro: el de presentarse una cuadrilla cuyos individuos todos, matador, picadores y banderilleros, eran nuevos para el público de la corte. Tomaba la alternativa Manuel García (*el Espartero*), y los tres jinetes y los tres peones que con él salieron á torear nunca habían pisado, lo mismo que á él sucedía, el redondel de Madrid.

Esto de presentarse un espada para tomar la alternativa, es caso rarísimo; generalmente han toreado antes en novilladas, y cuando suben á matadores de cartel son harto conocidos del público. Desde 1880 á la fecha, sólo se han presentado á tomar la alternativa, siendo desconocidos en absoluto para el público de Madrid, el *Espartero* (1885), José Centeno (1887), Carlos Borrego (*el Zocato*) (1889) y el francés Félix Robert (1899).

El *Espartero* se había presentado en Sevilla en la novillada del 12 de Julio de 1885, despertando un entusiasmo como no había habido antes ejemplo, ni hubo después repetición; entre el mismo delirio creciente toreó otras seis corridas en el circo sevillano, y algunas más, pocas, en la tierra baja; el 13 de Septiembre el *Gordito* le concedía la alternativa ante el público hispalense; carrera tan rápida no ha tenido jamás totero alguno. Madrid quiso conocer al fenómeno, y Manuel García, que entonces tenía diez y nueve años, confirmó su alternativa en la plaza de la corte, cediéndole el *Gallo* la muerte del primer toro de D.^a Teresa Núñez de Prado (*Pichón*, cárdeno, bragado y cornialto).

El *Espartero* había formado su cuadrilla con elementos recogidos entre la gente que toreada en Sevilla las novilladas; la tarde de su alternativa en Madrid sacó á los picadores Juan Román Caro, Manuel Moreno y Joaquín Trigo, y á los banderilleros Manuel Sevillano, Manuel León (*el Lolo*) y José Malaver.

Juan Román Caro era un picador corpulento, recio, hombre de campo, de mucha pujanza y extraordinaria valentía; Manuel Moreno, también fuerte, pero de menos poderío que el otro, y Joaquín Trigo, hermano menor de los sobresalientes piqueros Juan y José, cenceño, esbelto, de típica y airosa figura y más joven que Caro y que Moreno.

De los banderilleros, el de más edad, ya pasada la treintena, era José Malaver, á quien algunas veces se ha apodado el *Mellao*, y al que profesaba gran cariño el *Espartero* por haber toreado en los pueblos capeas á las órdenes del que luego fué peón suyo. Seguía en edad Manuel Sevillano, á quien se anunció en aquellos primeros tiempos Manuel Mendoza (*el Sevillano*), y era el más joven el *Lolo*, diestro menudito y nervioso, de aptitudes para la brega, que había estoqueado en alguna ocasión y figuraba como sobresaliente en la cuadrilla.

Con estos elementos toreó el *Espartero* las diez corridas que en diversas plazas contrató en 1885; y no extraña el número tan reducido de ellas, teniendo en cuenta la fecha tan avanzada en que tomó la alternativa. En 1886 entró á formar parte de su cuadrilla el veterano banderillero Julián Sánchez Arjona, quien en unión de Mariano Antón, había banderilleado el 7 de Junio de 1869 el toro *Peregrino*, de D. Vicente Martínez, que inutilizó al *Iato* para el toreo. Julián Sánchez era un torero hábil, de mucha trastienda, adquirida en los largos años que toreó al lado de su primo *Currito*, peón inteligente, prácticón y de recursos.

El *Espartero* hizo con él una adquisición utilísima y se dejaba guiar por sus consejos, tomándolos á veces públicamente, con aquella modestia que caracterizó el denodado diestro. En la corrida extraordinaria dada en Madrid el 23 de Abril de 1891, mientras se arrastraba al toro *Yegüero*, de Miura, con el que Manuel García hizo deslucida faena, *Guerrita*, que alternaba con él, y Julián Sánchez, censuraron amistosamente al torero sevillano la faena ejecutada. El *Espartero* les oía con cariñosa atención.

En la corrida de Beneficencia dada en Madrid el 19 de Septiembre de 1886, toreó con el *Espartero*, accidentalmente, sustituyendo á Manuel Moreno que se hallaba lastimado, el picador Rafael Alonso (*el Chato*), que en aquella tarde pisó por primera vez la plaza de la corte.

En 1886 y 1887 esta fué la cuadrilla con que toreó el *Espartero*: Juan Caro, Moreno y Joaquín Trigo, picadores; Julián Sánchez, Malaver, Sevillano y *Lolo*, banderilleros. Manuel Sevillano se separó de la cuadrilla antes de comenzar la temporada de 1888; contratado el *Espartero* por la empresa de Madrid para torear seis corridas, sólo tomó parte en cuatro, además de la de Beneficencia, y llevó de picadores á Juan Caro y Moreno, y de banderilleros á Julián Sánchez, Malaver y el *Lolo*; pero herido Malaver por el toro *Cuestiones*, de Surga, en la corrida extraordinaria del 8 de Junio, le sustituyó en las otras el diestro sevillano José Cortés León. D. Federico Mínguez, apoderado por aquel entonces del *Espartero*, influyó cerca de él para que in-

gresase de plantilla entre su gente el torero madrileño José Rogel (*Valencia*), que aquel año se había presentado en corridas formales, y consiguió su deseo, siendo la primera corrida que toreó Rogel en la cuadrilla la de Beneficencia, dada el 10 de Junio.

Así quedó constituida la cuadrilla en Junio de 1888. Lo más saliente de ella era el picador Juan Román Caro, que por su poder y valentía se hizo muy popular, distinguiéndose notablemente en cuantas corridas tomaba parte. Hombre de desgracia, sufrió tremendos golpes de los toros; en las corridas dadas en Madrid en 3 y 10 de Junio de aquel año, los toros *Garapelo* y *Solitario*, de Pérez de la Concha y Veragua, le causaron dos intensas conmociones cerebrales. Muy perito en cuantas faenas se hacen en el campo con el ganado bravo, le buscaban los ganaderos de Sevilla para las operaciones de tientas y herraderos. En 17 de Noviembre de 1888 se verificó en la isla Menor la tienta de los becerras del Saltillo, y uno de ellos (que entonces se dijo llamarse *Dudoso*) arremetió con el caballo que montaba Caro, derribando al jinete, al que recargó en el suelo, causándole una gravísima herida en la parte inferior derecha del vientre, con salida de los intestinos, de resultas de la cual falleció en Sevilla el 1.º de Diciembre. El 2 de Octubre de 1890 se dió en Madrid una corrida del Saltillo, y *El Toreo* dijo en su reseña que el toro *Panadero*, lidiado en tercer lugar, había sido el causante de la muerte de Caro; pero aquella misma tarde se lidió en quinto puesto un *Dudoso* y cabe la duda, por el nombre del becerro divulgado cuando la peripecia, de si fuera aquél ó éste el autor de la desgracia.

La muerte de Juan Román Caro causó impresión entre los aficionados y fué muy sentida; en su corta carrera profesional había logrado el picador sevillano colocarse en primera fila, tan en primera, que se le ponía en parangón con *Agujetas*; el *Espartero* sintió mucho la pérdida que experimentaba; organizó una corrida á beneficio de las hijas del difunto diestro, que se dió en Sevilla el 20 de Enero de 1889, y lo substituyó entre su gente con su hermano José Román Caro, que picó toda aquella temporada y la de 1890 con el valentísimo espada de la Alfalfa.

En el mes de Enero de 1890 fallece en Sevilla de muerte natural, á edad muy temprana, el *Lolo*, y en su substitución llama el *Espartero* al banderillero de la misma naturaleza Antonio García (*el Morenito*), que durante varios años había formado en la cuadrilla del *Gallo*. Con la habilidad y la experiencia de Julián Sánchez, consejero áulico en los casos difíciles, y el trabajo de brega del *Valencia*, que andaba muy sobrado de facultades y trabajaba con abinco para hacerse un buen peón, tenía el espada dos auxiliares poderosos: llenaban su hueco Malaver, á quien la amistad y la gratitud hacían indispensable en la cuadrilla, y el *Morenito*, cuyas facultades eran escasas desde una terrible cogida que sufrió en Madrid en 1885, y la cuadrilla de peones puede considerarse como muy aceptable. De picadores seguían José Román Caro, Joaquín Trigo y Manuel Moreno, generalmente tomando parte dos de los tres en cada corrida, sistema novísimo que entonces comenzó á imperar y hoy tienen varias cuadrillas.

A fines de 1890 se separa José Román Caro del *Espartero*. Joaquín Trigo y Moreno son los picadores de plantilla durante 1891, y al empezar la temporada de 1892, ingresa en la cuadrilla Manuel Rodríguez (*Cantares*), que alterna con los referidos por el procedimiento antes citado. En la corrida de inauguración en Madrid, el 17 de Abril, el toro *Valenciano*, de D. Esteban Hernández, causa á *Cantares* la luxación completa de la cabeza del húmero izquierdo, cuya lesión le impide torear hasta el 19 de Junio, substituyéndole en todas las corridas Manuel Crespo.

Con estos picadores, *Cantares*, Joaquín Trigo y Manuel Moreno, llega el *Espartero* hasta la corrida del 27 de Mayo de 1894, en que encontró la muerte. Pero la cuadrilla de jinetes de Manuel García tuvo mala suerte siempre; tanto los Caros como Trigo, Moreno y *Cantares*, sufrieron muchas lesiones, que les hicieron ser substituídos con frecuencia por otros piqueros que trabajaron con asiduidad con Manuel García, por la causa antedicha, como fueron, en las diversas épocas, Juan Fuentes, José Coito (*Charpa*), Manuel Crespo, Antonio Lobato (*Viruta*), José López (*Melilla*) y Manuel Viñó (*el Inglés*).

El Sábado de Gloria, 1.º de Abril de 1893, se dió en Lorca una corrida de toros de López Plata, que estoquearon el *Espartero*, *Minuto* y Carrillo (éste sin alternativa). Al foguear el primer toro con un par á la media vuelta fué cogido el *Morenito*, resultando con una gran cornada en la parte superior del muslo derecho, que le causó la muerte el día 10. El *Espartero* costeó todos los gastos de dolencia y entierro, y abonó á la familia del pobre banderillero lo que éste hubiese ganado en las corridas de la temporada, exactamente igual que si las hubiese toreado, suma que ascendía á más de 7.000 pesetas.

Deshecha la cuadrilla de *Lagartijo* á fines del año anterior, el *Espartero* substituyó al *Morenito* con el diestro sevillano Manuel Antolín, y durante las temporadas de 1893 y 1894, hasta el día de su muerte, esta fué la cuadrilla de peones que llevó Julián Sánchez, Malaver, Manuel Antolín y el *Valencia*, hecho ya un peón de primera fuerza y un banderillero hábil y de castigo.

Desde 1885 á 1894, trabajaron accidentalmente con asiduidad con el *Espartero* los banderilleros sevillanos Antonio Herrera (*Añillo*), Manuel Mejía (*Bienvenida*), Manuel Valencia, Manuel Blanco (*Blanquito*) y Francisco Juárez (*Páqueta*), y el valenciano Luis Villanueva (*Blanquet*).

La temporada de 1894, en la que perdió la vida el *Espartero*, comenzó con mal pie para su cuadrilla. El primer toro (de Bañuelos) de la corrida de inauguración dada en Madrid el 25 de Marzo, causó una conmo-

ción cerebral al picador Moreno, y en Barcelona, el 6 de Mayo, un toro de Clemente voltea á Julián Sánchez, causándole una luxación en un brazo, que le tuvo sin torear hasta ocurrido el trágico fin de su jefe. En la corrida funesta del 27 de Mayo salieron con el *Espartero* los picadores *Cantares* y Joaquín Trigo, y los banderilleros Malaver, Antolín y *Valencia*. El toro *Perdigón*, de Miura (colorado, gacho y delantero), que mató á Manuel García, lo picaron *Cantares*, *Agujetas* y Joaquín Trigo, y lo banderillaron con grandes aplausos *Valencia* y Antolín, aplausos que se repitieron cuando ambos diestros, llorando á lágrima viva, parearon admirablemente el cuarto toro (*Coletero*, negro), muerto ya el espada que debía estoquearle.

La cuadrilla del *Espartero* quería mucho á su jefe. Manuel García se hizo estimar de cuantos le trataron; su carácter cariñoso, modesto y abierto, con pueriles expansiones é inocentes alegrías, atraía voluntades y afectos. El *Espartero* fué un niño con un corazón de león. Cuando murió, la cuadrilla le acreditó el afecto que le profesaba. El *Valencia*, á quien había hecho hombre, salió de la plaza poco menos que en brazos de dos amigos, presa de violento ataque nervioso. *Cantares* y Joaquín Trigo, á quienes el presidente D. Leopoldo Gálvez Holguín (que por cierto era la primera corrida que presidía) concedió permiso para retirarse en cuanto ocurrió el fallecimiento, fueron á sus domicilios, sustituyeron la ropa de torear por la de paisano y volvieron á la plaza, encargándose del cadáver. *Cantares* intervino para que no se decretase la diligencia de autopsia, y con sus razonamientos consiguió del juez de guardia su noble deseo. La camilla que conducía el cadáver del *Espartero* la llevaron desde la plaza hasta la calle de la Gorguera, núm. 10, domicilio de *Cantares*, éste, Joaquín Trigo, el picador de la cuadrilla de Fuentes, José Gutiérrez (*el Cano*), y el puntillero de la de *Guerrita*, Joaquín del Río (*Alones*).

Desde la cogida, hasta dejar el cadáver enterrado en el cementerio de San Fernando, de Sevilla, no descansó *Cantares* un momento. No permitió que el cuerpo inerte del *Espartero* volviese á la fonda, establecida en el núm. 13 de la calle de la Gorguera, de donde horas antes saliera lleno de vida, y lo llevó á su propio domicilio, interviniendo materialmente en cuantas operaciones se hicieron con él. Ayudó á vestirlo, anduvo todos los pasos pertinentes á llenar las formalidades para el embalsamamiento del cadáver y su conducción á Sevilla, y sólo reposó al tomar asiento en el tren que condujo á la capital de Andalucía los restos de aquel espada tan valiente, tan desgraciado, tan popular y tan querido.

Sacaron el ataúd de la casa de *Cantares*, el *Valencia*, Manuel Antolín, Malaver y Manuel Moreno, á quienes sustituyeron otros diestros durante la carrera; pero en la estación otra vez la cuadrilla volvió á hacerse cargo del féretro hasta dejarlo depositado en el furgón, núm. 3.206, que lo condujo á Sevilla. En el trayecto de la casa á la estación llevaron cintas *Cantares* y Julián Sánchez.

La cuadrilla entera, incluso el puntillero Antonio Ruiz (*el Sargento*), acompañó al cadáver en su viaje, haciéndolo el picador Joaquín Trigo en el mismo furgón donde iba el féretro; la cuadrilla asistió al entierro y llevó á hombros al que fué su jefe hasta la tumba provisional, en que se le dejó mientras se hacía el severo y artístico mausoleo que guarda para siempre sus restos.

Después la cuadrilla quiso conservar para el porvenir un recuerdo de los días en que habían compartido peligros y aplausos con aquel que no existía ya, y al efecto hicieron un grupo fotográfico, en cuyo centro aparece, en busto, el retrato de Manuel García, y á su alrededor, con trajes y corbatas negras, los de los individuos que últimamente sirvieron á sus órdenes. En ese grupo, cuya reproducción publicó *El Toreo* en su núm. 1.079, figuran los picadores *Cantares*, Moreno y Trigo, los banderilleros Julián Sánchez, Malaver, Antolín y *Valencia*, el puntillero *Sargento* y el mozo de estoques *Joselito*.

Después la cuadrilla del *Espartero* se dividió, y cada cual siguió el camino que le estaba destinado; Julián Sánchez y Joaquín Trigo se retiraron del toreo; *Cantares* ingresó en la cuadrilla de Fuentes; *Valencia* y el *Sargento* en la de *Bombita*; Antolín en la de *Bonarillo*, y Manuel Moreno y Malaver reaparecieron al año siguiente con el *Algabeño*.

El tributo rendido al *Espartero* por aquellos que secundaron su trabajo, fué una nota simpática y generosa, quizá la mayor de las que acompañan el recuerdo del desastre que puso fin á la vida de aquel valentísimo lidiador, cuyo recuerdo va haciéndose más grato á medida que los años nos separan del día en que la fatalidad cerró su vida.

EL BACHILLER GONZÁLEZ DE RIVERA.





ALEMANIA TAURINA

El insigne escritor D. José Estraña,
 el célebre y guasón pacotillero,
 cuya fama recorre el ancho mundo
 por su labor fecunda en prosa y verso,
 ese *mono* nos manda
 que le envían á él del extranjero
 en tarjeta postal, y nos pregunta:
 ¿QUÉ DEMONIOS ES ESO
 QUE DE ALEMANIA ME REMITE UN PRÓJIMO?
 Pues ¿qué ha de ser, maestro?
 Una confesión más de que en *extranjis*
 las cosas del toreo
 son causa de que metan la patita
 constantemente aquellos caballeros.
 ¡Rediós con decir que eso es en España
 salida de los diestros
 al redondel, al comenzar la fiesta! . . .
 ¡Vaya gracia y estilos sandungueros
 los de ese matador y sus compinches,
 llevando el uno el toledano acero
 á modo de bastón, y los restantes
 las manos hacia atrás, ni más ni menos

que los guardias del orden, dando vueltas
 á la manzana, por matar el tiempo!
 ¿Y los ños picadores, que parecen
 pescadores de caña? ¿Y sus sombreros,
 como los de los niños chiquitines
 cuando van con la chacha de paseo?
 ¿Y las monteras? ¿Y las posturitas?
 ¿Y las caras de memos
 que se traen los *gachós*? ¿Y los andares?
 ¿Y esas pantorrillas, del modelo
 que usa *Maera chico*? ¿Y, en fin, todo
 el taurino boceto? . . .
 ¡Lástima que en colores
 no pueda ser impreso,
 para que los lectores admirasen
 las monteras con fresa en los extremos,
 los piqueros vestidos de guindillas
 y los *socios* restantes, de cangrejos! . . .
 ¡Vaya si son toreros salerosos
 los del país del canciller de hierro!
 ¡De qué modo más clásico
 citan á recibir . . . metiendo el remo! . . .

EL BARQUERO.

Exposición taurómaca andaluza.

Y no es broma. Conste que lo digo más serio que el mismo dominico Fray Hernando Talavera.

Así como los sabios del siglo xv, reunidos en junta por los católicos reyes Isabel y Fernando, tuvieron por loco á Colón cuando les dió á conocer su propósito de descubrir allende los mares un nuevo mundo, salvando la diferencia de asuntos y personas, á D. Rafael G. de Requena, asiduo concurrente al «Club Guerrita», centro de reunión de la coletería cordobesa, tiénelen por no muy cuerdo los neo-aficionados al toreo, pobres satélites que reciben su luz é inspiraciones de los astros de primera magnitud que giran en la órbita del histórico Campo de la Merced.

Y todo ¿por qué? Pues sencillamente, porque concibió y está llevando á la práctica, contra viento y marea, el loable pensamiento de abrir en Córdoba una exposición taurómaca, en la que cuantos vengan á la tierra de los Califas, con el recuerdo de la fastuosa civilización árabe que trae á nuestras mientes la vista de la Mezquita, repasen la historia de un arte viril y grandioso, hoy en notoria decadencia, pero que aún conserva algo de lo mucho que fué.

Digan lo que quieran los sesudos *clubsmens* á que al principio aludo, era esta una necesidad muy sentida por los entusiastas de las fiestas de toros, que creyendo encontrar en esta ciudad buen acopio de datos para la reconstitución de esa historia, vénse pronto desengañados cuando se les dice que sólo existe un saloncito en el que, fuera de cuatro cabezas en pelecho de toros famosos muertos á manos de *Lagartijo*, *Guerrita*, *Torerito* y *Machaquito*, que imprimen algún carácter al casino, nada hay de particular ni extraordinario en él.

Para suplir esta falta, el Sr. G. de Requena tiene un pensamiento vastísimo, cuyo solo intento de realizarlo merece francos aplausos. Por eso no se los regateo, aunque se conjuren contra mí los elementos.

Conocé y conozco algunos archivos y museos taurinos de más ó menos importancia, y afirmo sin vacilar que la exposición del Sr. G. de Requena, perseverando su autor en la obra emprendida sin tibiezas,

sin desmayos y... con dinero, con tener mucho de unos y de otros, será originalísima y objeto de unánimes elogios. Lo que ahora le ocurre no me extraña. Es lo que sucede á todos los que en este país tienen ideas propias, y por fuerza de ellas rompen la monotonía y vulgaridad de la vida ordinaria.

Propónese este imparcial aficionado cordobés, muy afecto á la tierra en que nació, recopilar cuantas noticias adquiera del arte y sus profesionales en toda la región andaluza, y andando el tiempo, en España entera, y enlegajarlas para que figuren en su archivo. De estos datos, biografías, anécdotas, referencias de hechos notables de los diestros, ilustraciones fotográficas, caricaturas, etcétera, extraer la quinta esencia y hacer una numerosa tirada de un libro escrito en español, francés é inglés, que estará de venta en el local de la exposición. Coleccionar objetos curiosos y de valor histórico, como trajes, cabezas de toros, estoques, puyas, banderillas, muletas, estadísticas que traigan á la memoria de los visitantes episodios de las celebridades taurinas. Reproducción en fotografías y cuadros al óleo de gran tamaño de las faenas que

merezcan recordarse en cada diestro. Retratos de los ganaderos de reses bravas. Hierros y divisas que usan. Y, en fin, cuanto reconstituya esa historia que en páginas sueltas anda por ahí casi perdida.

El Sr. G. de Requena lleva hechos no pocos desembolsos y no persigue lucro alguno. Los ingresos que produzca la exposición próxima á abrirse en un local, hoy reducido, de la calle de los Tejares, se destinarán á su engrandecimiento, y los objetos que no pueda adquirir los tendrá expuestos al público, haciendo constar su procedencia y propiedad. En este sentido dirigirá circulares á los diestros, apoderados y criadores de toros, y poco á poco, con actividad y entusiasmo, llegará al fin. Córdoba, repito, tendrá una exposición que satisfaga la natural curiosidad de quienes en esta cuna de tantos y tan buenos toreros, buscan mucho que celebrar y muy poco encuentran. ¿Es esto, quizás, acometer un imposible?

El tiempo lo dirá. Al menos quede aquí registrado un buen deseo.

A. ESCAMILLA RODRÍGUEZ.



D. RAFAEL G. DE REQUENA



Tauromaquia pintoresca.

LAS VAQUILLAS

Desde tiempo inmemorial, cada pueblo celebra una vez al año, por lo menos, sus correspondientes corridas de vaquillas, con arreglo á sus respectivas tradicionales costumbres, demostrando así la irresistible é inveterada vocación que siente el buen pueblo español por los espectáculos taurinos, mal que pese á los adversarios contumaces y vocingleros que un día y otro abogan por su abolición.

En vano la Majestad de Carlos III promulgó la pragmática sanción de 9 de Noviembre de 1785, cuyo capítulo VI decía textualmente:

«Prohíbo las fiestas de toros de muerte en todos los pueblos del Reyno, á excepción de los en que hubiere concesion perpetua ó temporal con destino público de sus productos útil ó piadoso, pues en cuanto á éstas examinará el Consejo el punto de subrogacion de equivalente ó arbitrios antes de que se verifique la cesacion ó suspension de ellas, y me lo propondrá para la resolucion que convenga tomar.»

Nada consiguió tampoco Carlos IV con su Real providencia de 30 de Agosto de 1790, prohibiendo el abuso de correr por las calles novillos y toros de cuerda, atendiendo á *las desgracias ocurridas en algunas de estas diversiones*; ni con su resolución acordada por el Consejo en pleno en 20 de Diciembre de 1804; ni con



su cédula de 10 de Febrero de 1805, prohibiendo en absoluto las fiestas de toros y novillos de muerte en todo el reino.

Los pueblos, en una ú otra forma, han tratado de burlar la ley, ó—á no poder otra cosa—han esperado que ésta cayera en desuso, para después entregarse con mayor entusiasmo á su diversión favorita.

Puede afirmarse que esas y otras prohibiciones sólo han servido para avivar el fuego de la afición que los españoles sienten por el toreo.

Ahora bien; cuando el espectáculo reviste caracteres brutales é inhumanos, cuando el arte no entra para

nada como factor esencial en el juego de toros, cuando no se ofrece á la vista del espectador ese cuadro gigantesco, viril, grandioso, que presenta al hombre bravo, inteligente, hábil, gallardo, engañando á la fiera, sugestionándola mañosamente, esquivando sus acometidas con valor imponderable y suma destreza hasta rendirla, vencerla y aniquilarla; cuando eso no suceda, creemos que nada perderíamos con que tales fiestas fueran suprimidas, pues ellas constituyen negro borrón, que mancha la grandeza del incomparable espectáculo más nacional, dando armas á los enemigos para que, confundiendo el oropel con el oro, lo bello con lo deforme, lo grande con lo monstruoso, lo motejen de inculco, bárbaro y sangriento.

En las corridas de *vaquillas* comienza la inhumanidad en el instante de hacer su entrada en el pueblo las reses destinadas al esparcimiento de los mozos, que suele trocarse en martirio si algunos poco expertos en esas lides, ó bien carentes del necesario dominio en sus cerebros por efecto del abuso de las bebidas al-



cohólicas más ó menos mareantes, salen á desafiar á las fieras, empuñando tal vez la vasija que contuvo el líquido traidor; entonces no es extraño ver hombres lanzados á gran altura, otros heridos ó contusos y aun caer sin vida en ciertos casos.

En varios lugares de la región valenciana, las *vaquillas* hacen su entrada brutalmente apaleadas por millares de individuos armados de sendos garrotes, que manejan con fuerza hercúlea, hasta que los animales quedan encerrados.

La lidia, si tal puede llamarse lo que representa una de las fotografías que ilustran estos renglones, cuesta las más de las veces algún miembro ó la vida á los *diestros* improvisados, por no ser *vaquillas*, sino bueyes, los que se corren, con más sentido que un vigilante del resguardo.

En estas corridas se adiestran los aficionados *pur sang* de la capital en parear á la media vuelta, por ser imposible hacerlo de otro modo.

Buey de estos hay que no sólo se defiende con los cuernos, sino que también se vale de la boca, y casos se han dado de que un animalucho de esos haya hecho descender á bocados al autor de tal cual pinchazo que se encontrara subido en uno de los tinglados.

En otros pueblos llega la barbarie al extremo de colocar en las puntas de los pitones grandes bolas impregnadas de alquitrán, á las que prenden fuego de noche, dejando en libertad al toro, que recorre la población achicharrándose materialmente, á causa de verterse sobre su cabeza el líquido betuminoso que arde en sus defensas.

El toro *Verdugo*, de la ganadería de D. Manuel Sapiña, también reproducido por el fotograbado en estas planas, quedó ciego á consecuencia de dos cuchilladas que le arrearon al cortar las cuerdas que le sujetaban, después de colocarle dichas bolas.



En ciertas regiones se ameniza la fiesta con la muerte de un bueyendo, y entonces el alcalde, mediante un estipendio de dos ó tres duros, contrata á un *malejo* que se encarga de estoquear—*passez la mot*—al animalo, con objeto de presentar á las empresas *cartel tan valioso*, proveyéndose al efecto de un certificado, contando con que no deje la piel en los cuernos del morucho.

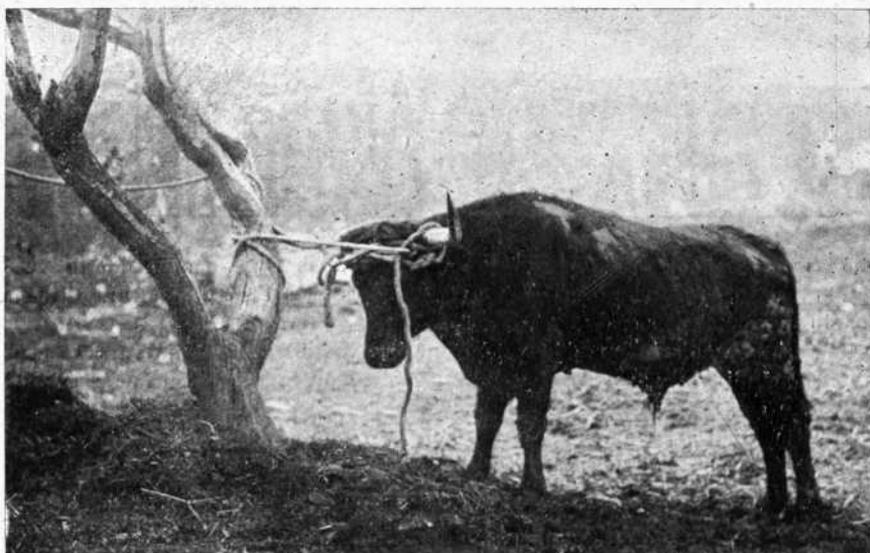
Y para que no crean mis lectores que lo escrito en el párrafo anterior es pura fantasía, allá va un botón para muestra, copiado de un original de tan curioso documento. Dice así:

«Yo . . . , alcalde de . . . , certifico: que el diestro Celedonio Zapata, *Pelao*, se ha portado muy dignamente en la muerte del toro que con motivo de las fiestas celebradas en este pueblo se corrió el día . . . ; y como aquí no hay periódico donde publicar las proezas del mencionado diestro, expido el presente certificado á instancias del mismo para que pueda justificarlo cuando le convenga, quedando contratado para el año venidero por cuatro duros y dos días de corrida . . . »

Mucho se puede escribir de esa *tauromaquia pintoresca*, que—como digo—debe hacerse desaparecer; pero hago punto por hoy, rogando á los pacientes que perdonen *lata tan insoportable*.

(INSTANTÁNEAS DE MOYA)

FRANCISCO MOYA.



EL TORO «VERDUGO»

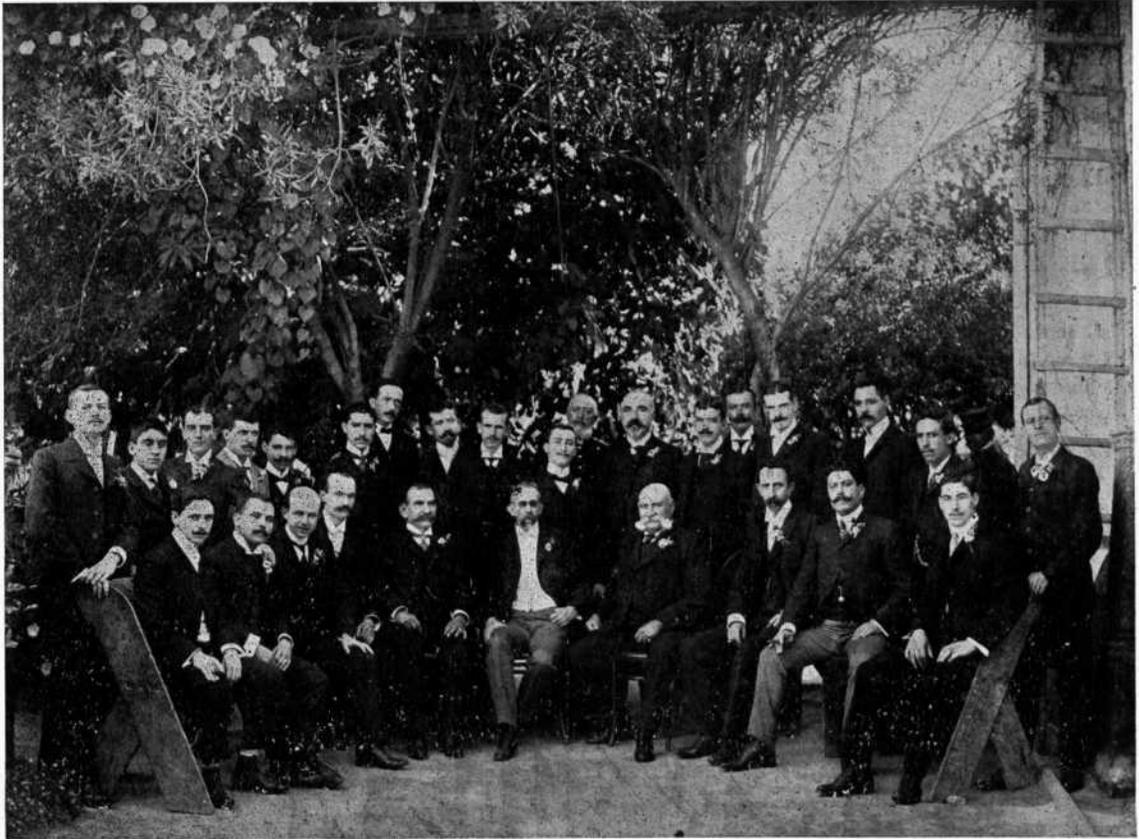
CENTRO TAURINO

de San Luis de Potosí (México).

En carta muy cariñosa, cuyas benévolas frases agradecemos en lo que valen, aunque las consideramos inmerecidas, la Junta directiva de aquel Centro, al terminar sus gestiones en fin de Diciembre último, nos envía su felicitación, acompañada de la fotografía que ilustra esta plana y reproduce un grupo de los socios asistentes al suntuoso banquete ofrecido á la entusiasta agrupación por el honorable Gobernador y consocio D. Blas Escontría, con motivo de haber efectuado el *Centro taurino* dos novilladas benéficas para cooperar á los gastos producidos por la peste bubónica en Mazatlan y la fiebre amarilla en Valles.

En la fiesta, que resultó solemne, tomaron parte el Sr. Escontría, que por indicación unánime ocupó el

11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28



1 2 3 4 5 6 7 8 9 10

1. D. Eduardo Landeta (Tesorero del Centro).—2. D. Fernando Quijano (Vocal).—3. D. Carlos Lavin.—4. D. Félix Andrés (Presidente).—5. General D. Juan A. Hernández.—6. Ingeniero D. Blas Escontría (Gobernador del Estado).—7. General D. Pablo Yáñez.—8. D. Andrés Matiezco (Vocal).—9. D. Francisco Moreno (Secretario).—10. D. Jesús Sánchez Barrenechea (Vocal).—11. D. Elías López de la Cerda.—12. D. Manuel Esquivel.—13. D. Juan J. Pereda.—14. D. Antonio Gallegos.—15. D. Nicolás Romero.—16. D. David Coasto.—17. D. Felipe Salin.—18. Ingeniero D. Roberto Yarto.—19. D. José T. Aristegui.—20. D. J. Sánchez Palomo.—21. Teniente Coronel D. Pedro González Gutiérrez.—22. D. Antonio Fernández Noval.—23. D. Luis G. Quijano.—24. D. Ricardo Inurrigarro.—25. D. Francisco Ariztegui.—26. Dr. D. Joaquín Rodríguez.—27. D. Gregorio Vazquez.—28. D. Alfredo Torroella.

puesto de honor; los generales D. Juan A. Hernández, Jefe de la 5.^a zona militar; D. Pablo Yáñez y muchos distinguidos socios del Centro.

Conocido el entusiasmo que por los espectáculos taurinos sienten aquellos buenos aficionados, no hemos de encarecer la cordialidad y animación que constituyeron la nota dominante entre los comensales, quienes hicieron votos por la prosperidad del Centro y progresivo desarrollo del toreo en aquella República, dedicando cariñosos brindis á los aficionados españoles que afiancen más y más los lazos de simpatía que nos unen con nuestros hermanos de allende.

En nombre propio y en el de la afición española, devolvemos el saludo á los dignísimos compañeros del *Centro taurino*, deseándoles todo género de prosperidades para bien de nuestra fiesta favorita.



stafeta taurina



Durante los días 28 y 29 del pasado Diciembre efectuáronse las operaciones de tiente en la ganadería de D. Luis Gutiérrez (antes de D. Vicente Martínez), con éxito bastante satisfactorio.

Realizó la faena concienzudamente el picador *Badila*, bien auxiliado por los diestros *Mazzantinito*, *Leal* (Luis) y *Zurini*.



El espada madrileño Tomás Alarcón, *Mazzantinito*, ha nombrado representante suyo en Madrid al inteligente aficionado D. Manuel Acedo, que habita en la calle de San Dámaso, núm. 1.



El matador de novillos Angel Carmona, *Camisero*, ha toreado durante la temporada última, 28 corridas de las 29 que tuvo contratadas, por haber sido suspendida la que debió efectuarse en Sevilla el 9 de Agosto.

Ha matado—según estadística que nos ha remitido—64 toros de distintas ganaderías, sufriendo una cogida en Madrid el 15 de Agosto, sin graves consecuencias.

En el año que comienza le deseamos muchas contratas más y que siempre tenga el santo de cara.



La cuadrilla de *Jóvenes madrileños*, capitaneada por los diestros *Fresquito* y *Ostioncito*, ha nombrado representante suyo en Madrid, al inteligente aficionado D. Manuel Rodríguez Vázquez, que habita en la calle de San Carlos, núm. 11.



El matador de toros Rafael Molina, *Lagartijo chico*, ha tomado parte, durante el año 1903, en 40 corridas, distribuidas en la siguiente forma:

Abril: 12, Madrid, y 19, Lisboa.
 Mayo: 7, Madrid; 11, Oporto; 21, Madrid; 24, ídem, y 31, Córdoba.

Junio: 1, Córdoba; 2, ídem; 7, Algeciras; 8, ídem; 11, Granada; 14, ídem, y 29, Zamora.

Julio: 14, Toulouse; 19, Málaga; 25, Jerez; 27, Valencia, y 28, ídem.

Agosto: 9, San Sebastián; 15, Cádiz; 17, Ciudad Real; 21, Antequera; 23, Málaga; 24, ídem; 29, Astorga, y 30, ídem.

Septiembre: 2, Palencia; 5, Huelva; 7, ídem; 8, Utrera; 11, Valladolid; 12, Salamanca; 13, ídem; 14, ídem; 20, Requena; 23, Fregenal; 25, Córdoba; 26, Quintanar, y 29, Ubeda.

Á NUESTROS LECTORES

Hemos puesto á la venta lujosas tapas para encuadernar la colección de SOL Y SOMBRA correspondiente al año VII (1903), á los precios de:

2 pesetas en Madrid.
 2'50 » en provincias.
 3'75 » en el extranjero.

En la Administración de este semanario se expenden también colecciones del mismo, encuadernadas lujosamente, á los precios que se expresan:

Año I (1897)..... 10 pesetas en Madrid.
 11 » en provincias.
 15 » en el extranjero.
 Año II (1898) hasta el } 15 » en Madrid.
 año VII (1903), ambos } 16 » en provincias.
 inclusivos, cada tomo. } 20 » en el extranjero.

Los lectores de SOL Y SOMBRA que deseen completar sus colecciones pueden adquirir los números atrasados que necesiten al precio corriente.

Agente exclusivo en México: Valentín del Pino, Espalda de los Gallos, 3. Apartado postal 19 bis
Agente exclusivo en el Perú: LA JOYA LITERARIA de J. Boix Ferrer, Portal de Botoneros, 48 y 50, LIMA (Apartado 69), y en la sucursal de AREQUIPA, Mercaderes, 72.
Agente exclusivo en Lisboa: Sra. Viuda de Nery, Rua do Príncipe, 122, Tabacaria.

No se devuelven los originales que se reciban, ni se abona cantidad alguna por los trabajos que no se hayan encargado, aun en el caso de que lleguen á publicarse.

